



# LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

J. ESTEBAN NARAYAN.

El autor de esta narración, hindú de alta casta por nacimiento, entró primero en la Iglesia Anglicana y fué ordenado sacerdote. Su conversión al catolicismo es fruto de una larga evolución ideológica. Mr. Narayan es en la actualidad Profesor en el Colegio de Trincomalee y secretario del "Comité de Prensa Católica".

Mi entrada en la Iglesia católica no fué consecuencia de una determinación momentánea, sino resultado de una evolución de muchos años. Comprenderán por tanto mis lectores porqué comienzo por evocar mis años juveniles.

Hasta los catorce años recibí en mi ciudad natal de la India la educación de un joven creyente hindú, como correspondía al hijo de una braman. Mi noble madre, a la que yo amaba con el cariño más profundo que cabe en la tierra, me defendió del mal con una severa y sabia diligencia, y con su amor comprensivo y ardoroso para mí. Desde niño me enseñó a pedir: "Dios mío, dadme el verdadero saber", y la historia de mi vida, que voy a narrar aquí en pocas palabras, es una respuesta a esta oración.

Desde mis catorce años comenzó el cristianismo a ejercer un profundo influjo en mi corazón y en mi entendimiento. A consecuencia de unas Horas Bíblicas en las que obligatoriamente hubé de participar en la escuela protestante, y por la íntima amistad que trabé con uno de mis profesores, fui sintiendo un respeto y un amor creciente hacia Cristo, que ya el año 1916, cuando cumplía 18 años, me llevó definitivamente al bautismo.

A causa de los severos preceptos de casta, que rigen entre los hindús ortodoxos, esto suponía un rompimiento definitivo con mi patria y mi madre. En conformidad con mis conocimientos de aquella época me acogí a la dirección protestante más rígida de la iglesia anglicana. Guía y autoridad en todas las cuestiones de Religión y Moral era para mí única y exclusivamente la Biblia. Consideraba cada palabra de la Biblia como una inspiración del Espíritu Santo; pero se me había enseñado que la debía entender según mi buen sentido.

En 1920 entré en el Colegio teológico de Bangalóre, con el propósito de adquirir un grado teológico e incorporarme al clero anglicano. El espíritu del colegio era protestante cien por cien. Como los anglicanos profesan que el más puro cristianismo es el de los primeros siglos, yo me parecía por conocer la literatura de los primeros siglos. ¿Cuál sería mi desengaño al no hallar en la biblioteca del Seminario nada de esa literatura? Felizmente conocí en Bangalóre al Dr. H. C. E. Zacharias, que por entonces pertenecía entre los cristianos a aquella dirección de los que aceptaban la

doctrina y las enseñanzas de los católicos y se hacían llamar anglocatólicos. Desde entonces él ejerció sobre mí un gran influjo con su amistad y su correspondencia regular, no menos que con los libros católicos o de la alta iglesia, que me prestaba para leer.

Un año más tarde dejé Bangalore y pasé a Calcuta, para seguir mis estudios en la escuela superior, "Colegio episcopal" de la provincia anglicana de la India.

En Calcuta trabé amistad con los Padres de la Misión Brotherhood of Oxford, que pertenecen a una orden religiosa anglicana, que se dedican particularmente a trabajar con los estudiantes universitarios, y en su fé y en sus costumbres religiosas se declaran manifiestamente anglocatólicos. Bajo su influjo adquirí la costumbre de confesarme. Y aunque es cierto que tal confesión, por falta de verdadero sacerdocio, no va necesariamente vinculado a una eficacia objetiva, pero yo no puedo negar que experimenté grandes progresos subjetivos en mi vida espiritual con su práctica. Además tuve la ventura de poder estudiar en el curso de los estudios teológicos del nuevo Colegio las obras de los Santos Padres de la primitiva Iglesia. Esas lecturas y los miembros de la Misión Oxford me enseñaron mucho de la doctrina y de las prácticas de la Iglesia católica. Al poco tiempo me incorporé a los anglocatólicos. Estos considerari a las Iglesias anglicana, griega y romana como ramas de una sola Iglesia católica y anhelan por el día en que desaparezca el desdichado cisma y se encuentren todos en el seno de una sola comunidad. Leí también y oí hablar de unas conversaciones religiosas que tenían lugar en Malinas entre la Iglesia católica y la anglicana y yo espera en silencio la pronta unión de las Iglesias.

A fines de 1924 recibí la orden del diaconado para trabajar en Poona con un grupo de monjes anglicanos —los Hermanos de Cowley. El Dr. Zacharias que por entonces se había trasladado a Poona, pasaba las tardes del sábado en mi casa y naturalmente los temas teológicos fueron el centro de nuestras conversaciones. El Dr. Zacharias me puso en contacto con un jesuita irlandés, el Padre Lander, cuyo estilo amable y comprensivo me atrajo mucho a la Iglesia católica.

Tres acontecimientos del año 1926 hicieron tambalearse mi fe en la iglesia anglicana. En primer lugar la entrada en la iglesia católica del Dr. Zacharias, después de haber superado una serie de dificultades intelectuales, que en su mayor parte habíamos discutido antes los dos en nuestras conversaciones familiares. En segundo lugar, como yo me había casado, tuve con mi mujer una conversación en la que le expliqué el Anglocatolicismo. Ella me objetó cómo tres ramas —Roma, Constantinopla y Cantorbery— que vivían separadas sin vida común, podían ser ramas vivas de una misma Iglesia. Como no pude dar respuesta clara a esta objeción, me turbé del todo espiritualmente, tanto más que estaba reciente en mí la impresión que me causara la conversión del Dr. Zacharias. En tercer lugar, vino a sumarse a todo que el P. Lander en una exposición declaró que las órdenes anglicanas eran inválidas por defecto de Intención. Yo había recibido ya la orden presbiterial en la Iglesia anglicana y había estudiado con esa ocasión la validez de las consagraciones, pero ahora el P. Lander consideraba el asunto bajo un punto de vista totalmente diverso y me inquietaba profundamente el espíritu. Me puse a leer en la biblioteca de los Hermanos de Cowley los libros que trataban de esa materia. A pesar de todo no pude superar mi inquietud sobre la validez de las consagraciones anglicanas y se lo expuse así a mi director espiritual anglicano, el cual me respondió que tales dudas eran generalmente obra del demonio.

El año 1927 fui enviado a Batticaloa como coadjutor y Profesor. El nombramiento me causó un gran consuelo, pues esperaba que las nuevas ocupaciones me hicieran olvidar mis inquietudes espirituales. Pero era voluntad de Dios que sucediera todo lo contrario. La Iglesia de Batticaloa dependía de la Iglesia Baja, y me encontré allí con cosa muy distinta de lo que eran en Poona la Alta Iglesia y los anglocatólicos. Mediaron muy pronto discusiones acaloradas con mis compañeros de trabajo sobre temas teológicos. Como advertieron que yo defendía la transubstanciación y otros detalles, me prohibieron defender tales doctrinas ante mis alumnos, aunque en privado, se me dijo, puede Ud. pensar lo que más le venga en gusto. Estas discrepancias me dieron la sensación de una vinculación puramente externa y comencé por anhelar una sincera unidad en la fé.

Vinieron a profundizar mis dudas sobre la Iglesia anglicana algunos sucesos de la Iglesia en Inglaterra. El hecho de que el Obispo Barnes defendiera públicamente en Inglaterra la limitación de la natalidad y señalara el sacramento como una magia; la impotencia de los demás obispos frente a él; el que en la Cámara de los Comunes hombres no cristianos y aun ateos discutieran la liturgia de la Iglesia anglicana, y que el Episcopado se conformara con el decreto por el cual el Santísimo Sacramento se encerrara en un armario en la sacristía en vez de colocarlo en lugar donde pudiera recibir la veneración que se merece el Señor, todo ello sacudía más y más mi fé en la Iglesia anglicana.

A esto se añadió que por entonces trabé amistad con el P. Bourtry, S. J., director del Colegio Católico de Batticaloa, lo que hizo que rebrotaran en mí todas las dificultades teológicas, que me habían atormentado en mi estancia en Poona.

Pero el verdadero punto final de mis dudas llegó cuando una mañana leí un sermón de San Agustín, el gran Obispo de Hipona, y fijé la atención en un trozo importantísimo. Yo había leído ya aquel trozo de corrida, pero nunca me llegó a impresionar como aquella mañana. Era como descubrir en él una nueva luz. El párrafo reza, como sigue:

"Lo que es alma para el cuerpo, eso es el Espíritu Santo para el Cuerpo de Cristo, la Iglesia. Lo que obra el alma en un solo cuerpo, eso obra el Espíritu Santo en toda la Iglesia. Pero poned atención en lo que debéis evitar, hacer o temer. Sucede a veces que un miembro —una mano, un dedo, un pié— ha de arrancarse del cuerpo humano. ¿Sigue el alma al miembro amputado? Al contacto con el cuerpo vivía; al ser amputado, pierde su vida. Tal sucede con algunos cristianos. Mientras son miembros de la Iglesia, hay vida en ellos; son católicos. Se separa, y se convierte en hereje. A un miembro separado no le sigue el espíritu de vida." Sermón 247.

Cuando San Agustín pronunciaba estas palabras pensaba en los donatistas, que se habían separado de la Iglesia y sin embargo poseían órdenes y sacramentos válidos. Pero no sólo San Agustín, sino toda la Iglesia de su tiempo consideraba a los donatistas como miembros separados de la comunidad católica. Los anglocatólicos reconocen como infalible la Iglesia de los Santos Padres. Pero yo venía a descubrir que esa misma Iglesia profesaba que no basta poseer órdenes y sacramentos válidos, para ser miembros vivos de la Iglesia católica. Lo que venía a esclarecerme la realidad de que no bastaba que la Iglesia anglicana poseyera verdaderos y válidos sacramentos y órdenes para ser parte viva de la Iglesia católica. Para ser católico, era necesario pertenecer a la Iglesia católica, y encontrarla por lo tanto donde quiera que se halle.

Ya de antes reconocía yo que la Iglesia católica tenía mucho más derecho que la Iglesia anglicana, para considerarse la Iglesia de Cristo. Pero hasta entonces no había creído en la necesidad de cambiar de fe, pues suponía que la Iglesia anglicana poseía verdaderos sacramentos y órdenes válidas y que era un miembro vivo de la universal Iglesia católica. Pero esta concepción caía al suelo con las palabras de San Agustín. Desde aquel día yo no era ya anglicano. Sin embargo tardé en sujetarme a Roma. Pues aunque creía que Roma poseía los dogmas de la primitiva Iglesia, juzgaba que había sumado posteriormente algunos dogmas a la fe primitiva. Esta falsa concepción la hube de rectificar por la lectura de la gran obra del Cardenal Newman: "El desarrollo de la enseñanza de la fe cristiana". El Cardenal prueba en su libro que la Iglesia es un organismo vivo cuyo principio de vida y cuya guía es el Espíritu Santo. Partiendo de esa concepción de la Iglesia mi espíritu examinó la Historia de la Iglesia y encontró que la Iglesia católica de hoy, es en su fé, en su culto y en su gobierno, un lógico desarrollo de la primitiva Iglesia.

Al llegar a esta conclusión abandoné mi empleo en Batticaloa, me separé de la Iglesia anglicana y me dirigí a Trincomalee, donde después de unos Ejercicios y una instrucción conveniente, mi esposa y yo fuimos recibidos en la Iglesia católica la tarde del día de las Palmas del año 1928.

*J . E s t e b a n N a r a y a n .*